



## ROMANCE SÉTIMO

«Por el alto Dios del cielo  
Y en fe que soy vuestro hijo,  
Que os he de hacer vengado,  
O me mataré á mí mismo.»

*Romancero del Cid.*

TRAS granizos y nieves importunas  
El cierzo despejó los horizontes,  
Y una bóveda inmensa de zafiro  
Llenó con sus hermosos resplandores

Limpio y ardiente el sol. Las altas cumbres  
De plata aparecieron, y del bosque,  
Carámbanos en vez de verdes hojas,  
En el yerto ramaje. Esclarecióse

La ribera de Arlanza con un día  
De los que en las hispánicas regiones  
Brillan en medio del invierno crudo,  
Y los más claros son que admira el orbe.

Ya estaba en su palacio Gustios Lara,  
Y á su fiel Nuño pide le coloque  
Do al aire abierto los ardientes rayos  
Del vivífico sol tranquilo goce.

Nuño al momento fuera del postigo,  
Ya escombrado de leños y cascote,  
Que era la sola entrada del palacio,  
Un gran sillón de tosca encina, sobre

Blancas zaleas en lugar de alfombra,  
Para dar gusto á su señor, dispone;  
Y allí despues del brazo lo condujo,  
Y con grande respeto acomodóle.

Sentado el ciego Lara, entrambas manos  
Extendió en las rodillas, y gozóse  
Con el dulce calor que difundia  
Sobre él el padre de la luz, que entónces

Caminaba al zenit. La espalda al muro  
Y de pié quedó Nuño, y cruza y pone  
Sobre el pecho los brazos. Los contornos  
La sombra oscura dibujó conformes

En los toscos sillares de ambos viejos,  
A quienes largo espacio se les oye  
Tan sólo respirar. Lara afanoso  
La faz alzó, tal vez los resplandores

Para buscar del astro refulgente  
Esperando, ¡infeliz! la larga noche  
Moderar de sus ojos, y á lo ménos  
Ver tibia claridad. Desengañóle

Empero la experiencia: aunque á torrentes  
Su lumbre, no ya un sol, sino mil soles  
Derramaran sobre él, siempre su vista  
Fuera más insensible que los bronce.

Conociólo el anciano, y abatido  
Inclinando la frente, conformóse,  
Y empezó á susurrar en voz sumisa  
Sus rezos y continuas devociones.

Nuño entre tanto inmóvil espaciaba  
Los ojos por los llanos y los bosques,  
O por la inmensa bóveda celeste;  
Y varios pensamientos voladores

En su mente cruzaban. Ya recuerdos  
De su primera edad, de los veloces,  
Fugaces días, cuando aquellos campos,  
Floridas selvas y lejanos montes

Donde quiera contentos le ofrecian:  
Ya de aquellos que, armado, los furoros  
Del combate arrostró: ya aquellas horas,  
En que educando á los Infantes nobles,

De la paz, de la guerra y de la caza  
Desvelado les dió doctas lecciones;  
De que cogió tan regalados frutos,  
En pos del lobo y jabalí feroces

Viéndoles recorrer aquellas cumbres,  
Mostrarse en las batallas los mejores,  
Y lucir en las justas y festines  
De discrecion y agilidad los dotes.

De tal meditacion, en que sumido  
Estuvo largo tiempo, al fin sacóle  
Con abatida voz, así diciendo,  
De su ciego señor el labio torpe:

«Desde que libre estoy, ¡oh, amigo Nuño!  
No hay un solo momento en que se borre  
Córdoba de mi mente. Ya te he dicho  
Cuanto allí me ocurrió... Culpas enormes

»Contra mi Dios en la mazmorra horrenda  
Es cierto cometí, que los rigores  
De la justicia eterna provocaron.  
Mas ¡ay!... era preciso no ser hombre,

»Sino un ángel de luz para librarse  
En mi terrible situacion de entónces  
De las insidias del astuto infierno.  
¡Pequé, Señor, pequé!... Sí, ardí en amores

»Por una infiel beldad... ¡Pobre Zahira!  
Si como nació en Córdoba, de Tormes  
O de Arlanza, en las márgenes naciera,  
De cristianas virtudes fuera norte...

»Mas, soy, ¡ay Nuño! criminal mil veces.  
Aquel dominio que en su pecho noble  
El cielo me acordó, fué, bien lo alcanzo,  
Para su alma sacar de los errores,

»Y á la fe conquistarla: y yo, protervo,  
Obrando á la razon poco conforme,  
Me aproveché de aquel dominio sólo  
Para abusar de su inocencia... ¡Atroces

»Son los remordimientos que me acosan,  
Y que mi corazón mezquino rompen!»  
Cesó el anciano en lágrimas deshecho,  
Y el compasivo Nuño le responde:

«Gran yerro fué, señor, de tal manera  
Del cielo santo corromper los dones;  
Mas su misericordia es infinita,  
Y al pecador arrepentido acoge.»

«Arrepentido está mi humilde pecho,»  
Lara con un sollozo interrumpióle. —  
«Y perdonado estás, prosiguió Nuño;  
¿Quién los designios del Señor conoce?»

»Tal vez la llama misma, que encendiste  
Allá en el alma de la ilustre jóven,  
La abrió á la fe; y es hoy apóstol santo  
Que en Córdoba predica en altas voces

»El Evangelio. Si las claras prendas  
De la Princesa mora son conformes  
Con lo que tú relatas, ¿fuera extraño  
Que el justo cielo así las galardone?»

»Su ardiente caridad me referiste,  
Y que de los cautivos y los pobres  
Era madre comun: virtud tan grande,  
La primera de todas, que á los hombres

»Iguala con los ángeles, sin premio  
Nunca quedó, jamás.» — Estremeciósese  
De gozo Lara y prorumpió llorando:  
«¿Por qué quieres con tales ilusiones

»Acallar mi tenaz remordimiento,  
Y aquietar mi conciencia?... Bien conoces  
Que no es posible tanto, no: á la hermana  
Del potente Almanzor, de aquella corte

»En la atmósfera impura, ¿quién pudiera  
De su secta mostrarle los errores,  
Nuestros altos misterios explicarle,  
Y el agua santa que los lazos rompe

»Del pecado esparcir sobre su frente?...  
Yo, solo, yo... ¡infeliz!... mil ocasiones  
De hacerlo tuve, y las perdí... ¡Dios mio!  
¿De su condenacion quién te responde?»

»¿Quién te responde, sino yo?» — Convulso  
Quedó el mísero anciano: convirtiósese  
En gemidos su voz, y vacilando  
Iba á caer; mas Nuño le socorre,

Con palabras de afecto le sosiega;  
Y oportuno con sábias reflexiones  
Le exhorta á que, olvidando lo pasado,  
De lo presente, cual se muestra, goce.

Levanta hinchado el mar su turbio espacio  
En negras olas y movibles montes,  
Cuando vestidos de tonantes nubes  
Braman los encontrados aquilones;

Pero si el blando céfiro aparece,  
Y luz remota anuncia el horizonte,  
Toman las ondas diferente aspecto,  
Y bien que aún agitadas, se conoce

Que es más blando el impulso que las mueve,  
Y que á amansar su furia se disponen.  
Así acontece á los humanos pechos,  
Segun cambian de giro las pasiones,

Y así su agitacion el ciego Lara  
Calmó, y en blando lloro desahogóse,  
Cambiando de repente sus ideas;  
Y continuó, sumiso y más conforme:

«¡Ay, Nuño!... ¡amigo Nuño!... Grato el cielo  
Aún reparo tal vez á mis enormes  
Culpas pudiera dar... Si tiene vida  
La hermana de Almanzor... ¡Era tan jóven!

»¿Por qué no ha de vivir?... ¡Ah! si enterada  
De que ya libre estoy... viniera... Entónces  
El agua del bautismo, el santo nudo  
Que bendice de Dios el sacerdote,

»Pudieran, sí, santificarlo todo.  
De ella una santa hicieran, y la noche  
En que vivo, tornaran claro día,  
Y esperara sin susto el postrer golpe.»

Calló el anciano, y suspiró, la rienda  
Soltando á sus falaces ilusiones,  
Lleno de vida el venerable rostro,  
Y de expresivo fuego. Bien conoce,

Observándole atento el docto Nuño,  
Las regiones extrañas que recorre  
De su señor la mente; y que á despecho  
De todas sus desdichas y aflicciones,

Y del curso del tiempo, aún su alma oculta  
Una pasion antigua, los amores  
Que las delicias postrimeras fueron  
De su pecho infeliz. Las reflexiones

Que este atisbo al buen Nuño sugería,  
Lara, tornando á hablar, pronto interrompe,  
Pues dijo así, sus vagos pensamientos  
Tomando de repente otros colores:

«Era infiel, era infiel; y mi cariño  
Réprobo y criminal. Lo reconoce  
Harto mi corazon; mas, ¡ay! su fruto  
Era inocente, sí... Me faltan voces

»Para expresar lo que en el alma siento  
Al recordarme de él... ¿Con fiero golpe,  
Le hundió la muerte en el voraz sepulcro,  
Al punto de nacer?... ¿O en ciega noche

»De horror, de iniquidad, de idolatría  
Vive, y blasfema de mi Dios el nombre?  
¡Nuño!... ¡Qué horror!!! ¿Tal vez hembra infelice  
En brazos de un infiel?... Mi alma se rompe.

»En tantos años, ¡ah! nueva ninguna  
Ha llegado hasta mí... Zaide, aquel noble  
Y valeroso Amir, y que me debe  
La libertad y vida, corresponde

»Mal con su obligacion, pues no ha buscado  
Modo de penetrar hasta la torre,  
En donde tantos años he vivido,  
Para darme las nuevas...» Atajóle

Nuño en defensa de su amigo Zaide  
Con gran calor diciendo: «Desconoces  
Cuál fué tu situacion, si á Zaide culpas,  
Y olvidas la estrechez y los rigores

»Con que estabas guardado.—Es cierto, Nu-  
Prosiguió Lara, el cielo me perdone. (ño,  
Mas tú, ¿por qué hacía Córdoba no fuiste,  
En vez de recorrer tantas regiones?»—

Nuño le respondió: «Tú, señor, sabes  
Que no pude tener ni indicio entónces  
De los lazos que en Córdoba dejabas;  
Y hubiera fuerza dado á las atroces

»Calumnias, con que viles enemigos  
Manchar osaron tu glorioso nombre,  
El que un tu servidor y confidente,  
Cual yo, á Córdoba fuese.— Tus razones

»Son de gran peso, Nuño,» dijo Lara,  
Y en profundo silencio sumergiósese,  
Inclinando el semblante sobre el pecho  
Que con la barba venerable esconde.»

Grande rumor en esto, repentino,  
Súbita confusion y roncadas voces  
Resonaron en torno, á Nuño y Lara  
De sobresalto, dudas y temores

Llenando á un tiempo. El ciego los oídos  
Atento aplica: el otro se dispone  
Las causas á inquirir, y gira y torna  
Los ojos en reedor, y entrambos oyen

¡Moros!... ¡moros! gritar, y que se aumentan  
La agitacion, los llantos y clamores  
En Salas toda. Por delante de ellos  
Varios villanos, pálidos, veloces,

Cruzan despavoridos: quién buscando  
Cercanas breñas y vecinos bosques,  
En donde refugiar familia y bienes;  
Quién á advertir al punto á sus pastores,

Que dejando cabañas y rediles  
Huyan con los ganados á los montes;  
Quién á esparcir la alarma en las aldeas,  
Y á reunir lanzas y jinetes, corre.

Nuño pregunta en alta voz á algunos  
La causa de la fuga, y le responden  
Sin detenerse, que los moros cargan,  
Con sus huestes cubriendo el horizonte:

Nueva que corrobora de la villa  
El campanario, cuyos huecos bronces  
A vuelo publicando el arrebató,  
El viento asordan con sus recios sonos.

Quedó suspenso Nuño; pero Lara  
Al bélico rumor estremeciósese,  
Y animoso exclamó: «¿Por qué los cielos  
Me tienen condenado á eterna noche?»

»Si ojos tuviera yo (la edad ¡qué importa!)  
De un caballo ocupara los arzones,  
Empuñara una lanza, y mis vasallos  
No huyeran de los moros invasores.

»Del bárbaro Giafar puede que sean  
Los satélites viles y feroces:  
De Giafar, que sabiendo estoy ya libre,  
Quiere que á ser esclavo suyo torne.

»¡Ah!... si tuviera vista!...—No la tienes,  
Dijo al momento Nuño, á quien el nombre  
De Giafar, y de Lara la ocurrencia  
Heló la sangre. No la tienes... ponte,

»Ponte, señor, en salvo.—Amigo Nuño,  
Tranquilo Lara continuó, y ¿en dónde  
O cómo? di... Moverme puedo apenas...  
Con mi estrella infeliz estoy conforme.

»Corre á tomar noticias más exactas.»—  
Nuño á dos escuderos llama, y orden  
Da de que á su señor cuiden y asistan,  
Y que ni un solo instante le abandonen.

Manda poner á punto los caballos,  
Y que las armas una escolta tome,  
Y á adquirir por sí mismo la certeza  
De lo que ocurre, por la villa entróse.

La confusión que reina en el navío,  
Si al mismo tiempo que bramando rompe  
El huracan sus mástiles, la quilla  
Toca en las peñas ásperas que esconde

Entumecido el mar; encuentra Nuño  
Por calles y plazuelas. Era entonces  
Tal la inseguridad, y tan frecuentes  
En plena paz rebatos é invasiones,

Que no era extraño el popular asombro.  
Con algunos hidalgos y otros hombres  
De cuenta Nuño habló, que apresurados  
Aprestaban sus armas y trotones.

Todos le afirman que los moros vienen,  
Y que las vegas inmediatas corren;  
Mas de su intento y fuerza las noticias  
No son ni positivas ni conformes.

Nuño y el Arcipreste, y dos personas  
De autoridad resuelven á la torre  
De la iglesia mayor, que dominaba  
En torno las llanuras y los bosques,

Subir á cerciorarse por sus ojos  
Del peligro, que tiene en tal desorden  
Y terror la comarca. Lo ejecutan,  
Y sólo ven á gran distancia, á trote

Veinte moros venir hácia la villa;  
Sin parecer en todo el horizonte  
Ni más armadas huestes, ni banderas,  
Ni polvo, ni aún rumor. Los resplandores

Del sol demuestran que con armas vienen;  
Mas ni furor ni hostiles intenciones  
Su modo de marchar. No de milanos  
Banda voraz, que hambrienta reconoce,

Y el indefenso palomar embiste,  
Parecian los moros trotadores;  
Sino banda pacífica y alegre  
De apacibles cigüeñas, que los montes

Del Africa dejando en primavera,  
Un alto pino ó solitaria torre  
Buscan, para anidar en nuestro clima,  
Y pasar la estacion de los calores.

Nuño y los que con él observan, luégo  
Lo advierten todo; su temor calmóse,  
Y mandando cesar del campanario  
Los alarmantes y molestos toques,

Vuelto curiosidad el miedo, bajan,  
Refieren lo que han visto, y los temores  
Procuran aquietar del necio vulgo;  
Y treinta hidalgos se arman y disponen

A salir al encuentro de los moros,  
Para inquirir mejor sus intenciones;  
Mientras Nuño á informar de todo á Lara,  
Y su inquietud á sosegar volvióse.

Los árabes jinetes conocieron,  
Al salir á lo llano desde el monte,  
El gran terror que su presencia daba;  
Y la llanura atravesar á trote,

Para abreviar su marcha, dispusieron;  
Y ya en la villa entraban, cuando en orden  
Los treinta hidalgos vieron. Asustados  
A su turno, detiéndose, y á voces

*Paz... amistad*, repiten; blancos lienzos  
Sobre los hierros de sus lanzas ponen  
Y los dos que los jefes parecían,  
Sin sacar los alfanjes, á galope

Avanzan á encontrar á los armados:  
Los cuales al momento que conocen  
Las señales pacíficas, esperan,  
Y las armas mortíferas deponen.

Los dos caudillos de la gente mora  
Asaz diversos eran: un jóven,  
De extremada beldad y gentileza:  
El otro, anciano, venerando y noble.

Armas ricas y ricas vestiduras  
Ostentan ambos con ilustre porte,  
Sobre sendos caballos cordobeses,  
Fuertes, revueltos, ágiles, veloces.

El segundo, en lenguaje de Castilla,  
Dijo á los castellanos: «Bien, señores,  
En vuestras armas y apostura veo,  
Que enemigas juzgais las intenciones

Con que á Salas venimos; pero os juró,  
Que son sólo de paz. Fuerzas mayores  
Que esta tropa no vienen con nosotros,  
Y esta no es de soldados lidiadores;

»Es sólo de pacíficos esclavos,  
Gente, cual veis, sin disciplina y orden:  
Y las armas escasas que traemos,  
Son armas de viandantes, que agrios montes

»Y solitarias selvas han pasado.  
Mas si recelo os dan, estoy conforme  
En deponerlas al momento. Somos  
Amigos y rendidos servidores

»De vuestro alto señor Gustios de Lara;  
Y sabiendo ha salido de la torre,  
Donde fué injustamente aprisionado,  
A presentarle el homenaje y dones

»Venimos de amistad. A su presencia  
Llegar nos permitid.»—Dijo y alzóse  
Vago rumor entre los treinta hidalgos,  
Que, un instante indecisos, no responden.

Uno de ellos astuto recelando  
De infieles sólo engaños y traiciones,  
Con ronca voz le preguntó sañudo:  
«¿Vienes de parte de Giafar?»—El jóven

Con el rostro alterado, ántes que el viejo,  
Contestó: «¿Acaso nos juzgais traidores?...  
Ya no vive Giafar, gracias al cielo.»  
—Otros al ver, que apenas de prisiones

Lara está libre, mensajeros moros  
Con tal empeño hablarle se proponen,  
Dan á recelos y á sospechas viles  
Entrada; y casi del difunto Conde

Y del señor de Barbadillo aprueban  
La gran severidad y los rigores.  
Mas al fin todos el temor perdiendo,  
Y cautivados del aspecto noble

Y generoso del infiel anciano,  
Y del semblante y actitud del jóven;  
Replican á una voz, que entren en Salas  
Con su acompañamiento. Se disponen

A servirles de guía hasta el palacio,  
Y por la villa entraron en buen orden,  
Mezclados los cristianos con los moros  
En tranquila amistad y union conformes.

Todos los habitantes de la villa,  
Que tan despavoridos á los montes  
Trataban de acogerse, larga rienda  
Sin más exámen dando á sus terrores;

Seguros ya de que infundados eran,  
Tornado el miedo confianza, corren  
Para verlos pasar, con gran bullicio  
Ocupando las calles y balcones.

Muchos ancianos al mirar los rostros  
Del mancebo y del viejo, reconocen  
Personajes que han visto en otro tiempo,  
Pero sin recordar cómo ni dónde:

Y un mendigo andrajoso, que á los Laras  
Sirvió de podenquero, y que entregóse,  
Cuando luégo fué echado del palacio,  
A la embriaguez continua, desde entonces